

jamás ingrata; en nombre de los Cardenales, Arzobispos, Obispos que nos están honrando con su presencia; en nombre de la familia de Juana de Arco; en nombre de la juventud francesa, que recomendamos á la nueva Beata, rogándole con ansia que le conserve la fe y la inocencia bautismal; en nombre de los que creen y aman, y en el de los que reniegan ahora de Dios, pero creerán más tarde en El; que al presente no le adoran, pero tornarán á Jesucristo, Señor de Juana de Arco, Señor y verdadero Rey de Francia; en nombre de los indiferentes próximos á despertar con los repiques de la beatificación; en nombre de los nuevos apóstoles que se levantarán tomando la divisa de la Doncella: "Dios señala la hora; hay que luchar cuando Dios lo quiere; los soldados combaten y Dios triunfa"; en nombre de nuestra juventud, que entiende no deber dedicarse sólo á las diversiones estúpidas y á los goces criminales; en nombre del pueblo francés, engañado á menudo, pero capaz de luz y dirección; en nombre de *todas* las Patrias, en el de la Iglesia católica, única capaz de glorificar como se lo merecen las grandes virtudes; en nombre de Francia, madre única de la única Juana de Arco, de Francia por la cual es tan dulce vivir, y sería tan fácil morir: á Pío X, al Papa de Juana de Arco, con toda la verdad de nuestros labios, con el respeto de nuestra voluntad, con el amor de nuestros corazones, Nosotros, representantes aquí de Francia católica y del universo entero, decimos: ¡Larga vida! ¡Gloria inmarcesible! ¡Imperecedera gratitud!

MONS. ESTANISLAO TOUCHET
Obispo de Orleans

HABLA PÍO X

(Respuesta al anterior discurso)

Os agradecemos, Venerable Hermano, los votos, las protestas, las promesas que nos acabáis de presentar en nombre de vuestros ilustres colegas, de los peregrinos aquí presentes, de los católicos de Francia.

Con verdadera satisfacción del alma hemos oído la expresión de vuestro amor á la Iglesia, de vuestra devoción al Vicario de Cristo.

No eran tales afectos nuevos para Nós; no era preciso que los oyéramos de vuestros labios.

Sin necesidad de recurrir á la historia de Francia, elocuente testimonio de la inalterable fidelidad de vuestra Patria á la Cátedra de Pedro, de la fecundidad de su fe, de sus obras innumerables de caridad, de su intrépido valor en defensa de los derechos de Cristo, de los trabajos de los misioneros, que llevan á las comarcas lejanas el testimonio de la fe sellado con sangre; sin recordar los fastos franceses escritos en letras de oro, aun sin mirar la multitud inmensa apiñada aquí para celebrar la beatificación de Juana de Arco, tenemos, en los acontecimientos dolorosos por que ha pasado vuestra Patria, prueba de su fidelidad admirable.

Sí; dignos son de admirar vuestros Obispos y sacerdotes, quienes, obedientes á la voz del Papa, han sufrido la expoliación de todos sus bienes, y se han reducido á mendigar techo y sustento.

Merecen también admiración los católicos, de fe viva, caridad sin límites, caridad capaz de los mayores sacrificios, vencedores de todos los obstáculos, despreciadores de halagos y persecuciones; premiados por Dios, que protege toda causa legítima y concede la victoria verdadera.

Los enemigos perpetuos de la Iglesia nada han descuidado para romper el admirable concierto del pueblo y del clero, del clero y los Obispos, de los Obispos y el Papa.

Tales tentativas han resultado, gracias á Dios, ineficaces; y jamás se vio unión como la que hoy reina, tan fuerte, tan universal, tan compacta.

Conservad esta unión, Hermanos venerables, porque será ella vuestra fuerza en las luchas por Dios. Os ayudará ella á defender sin miedo los derechos de la justicia, de la verdad, de la conciencia.

Habéis trabajado, además, en pro de vuestra Patria; porque es la Religión quien garantiza el orden y prosperidad de la República; y los intereses de una y otra son inseparables.

Con razón, Venerable Hermano, habéis evocado la memoria de los grandes Doctores de Francia, que, unidos entre sí y devotos á la Iglesia Romana, fueron heraldos de los Santos Padres y de la creencia del universo entero. Afirmáis con legítimo orgullo que todos, los católicos franceses, sin excepción, por lo mismo que son patriotas, se glorían de que los apelliden "papistas y romanos."

Venerables Hermanos, hijos amadísimos nuestros, sólo porque predicáis y cumplís, sin respetos humanos y por obedecer á la conciencia, las enseñanzas de la Iglesia, os hacen sufrir todo linaje de injurias; os señalan con la nota infamante de "enemigos de la Patria." ¡Valor!, hijos y hermanos nuestros; devolved al rostro de vuestros acusadores aquella vil calumnia, que abre en vuestros corazones tan honda herida, que sin la gracia de Dios, no alcanzaríais á perdonarla.

Porque no hay ultraje más indigno para vuestro honor y vuestra fe. Si el Catolicismo fuera enemigo de la Patria, dejaría de ser la religión divina.

Digna, no sólo de amor sino de predilección, es la Patria, cuyo solo nombre despierta en vuestras almas los más caros recuerdos y hace estremecer todas las fibras de vuestros corazones: tierra común donde se mecieron vuestras cunas; á ella os atan los lazos de la sangre y la sagrada identidad de tradiciones.

El amor al suelo natal, los lazos de fraternidad patriótica, propios á todo pueblo, se hacen más fuertes cuando la Patria terrenal está unida por manera indisoluble con aquella otra Patria que no conoce diferencia de idiomas, ni vallas de montañas; que abraza el mundo visible y el ultraterreno: la santa Iglesia Católica.

Semejante gracia, común á muchas naciones, os conviene especialmente á vosotros, amadísimos hijos de Fran-

cia, tan encendidos en el amor á vuestra Patria, porque está unida con la Iglesia de quien sois defensores, por quien os gloríais de llamaros papistas y romanos.

A los políticos que han declarado á la Iglesia guerra sin tregua, después de haberla denunciado como enemiga; á los sectarios, que, con odio infernal, la vilipendian y calumnian sin cesar; á los falsos doctores de la ciencia que desean hacerla odiosa, presentándola como enemiga de la libertad, de la civilización, del progreso intelectual, respondedles con altivez que la Iglesia Católica, maestra de las almas, reina de los corazones, es dominadora del mundo, porque es la Esposa de Jesucristo, Señor Nuéstro.

Por cuanto todo lo posee en común con él y es rica con las riquezas de Cristo, depositaria de la verdad, tiene derecho exclusivo para exigir de las naciones veneración y amor.

Así cuantos se insurreccionan contra la autoridad de la Iglesia con el falso pretexto de que ella lesiona los derechos del Estado, esos imponen términos á la Verdad; quienes llaman extranjera á la Iglesia en un país, afirman que allí debe tratarse á la Verdad como extranjera; los que temen que la Iglesia debilite la libertad de un pueblo y su grandeza, declaran que sin la Verdad es como deben ser grandes y libres las naciones.

Un Estado, un Gobierno, cualquiera que sea su nombre, que hace la guerra á la Verdad y ultraja así lo más sagrado que hay en el hombre, no puede pretender que nadie lo ame. Se sostendrá por la fuerza material; inspirará temor por la amenaza y el hierro; será aplaudido por hipocresía, interés ó servilismo. Y se le obedecerá, porque la Religión predica y ennoblece la sumisión al poder, siempre que no mande lo que está prohibido por las leyes divinas.

Mas, si el cumplimiento de este deber para con la potestad suprema, en lo que es compatible con las obligaciones hacia Dios, torna la obediencia más meritoria, no la

hace tierna, ni alegre, ni espontánea, ni le alcanza los dictados de veneración y de amor.

Veneración y amor sólo puede inspirar aquella Patria que, unida en santa alianza á la Iglesia, busca el verdadero bien del humano linaje.

La prueba la tenéis vosotros, si os fijáis en que de las filas de los servidores de la Iglesia salieron los salvadores de la Patria; si advertís que como padres de la Patria se invocan los santos en los himnos sagrados, en la liturgia de la Iglesia.

Por sobre los héroes y los santos, alzad los ojos al Rey y Maestro de todos ellos, á Nuestro Señor Jesucristo. El se sometió á las potestades humanas.

Al acercarse á Jerusalén, cuya próxima ruina preveía, lloró de dolor pensando en que la ingrata ciudad había abusado de tantas gracias, y desconocido la visita de su Salvador.

Nos regocijamos con vosotros, católicos muy amados de Francia, porque, haciéndoos eco del oráculo de la Iglesia, vais á combatir bajo la bandera de la verdadera patriota Juana de Arco, en que creemos ver escrito: "Religión y Patria"; nos alegramos con vosotros, que aclamáis con ardor á la heroína, víctima de baja hipocresía, y de la crueldad de un traidor vendido al extranjero; y, sin embargo, siempre confiada en el Vicario de Cristo, á quien apeló como último refugio.

Hacémonos partícipes de vuestro regocijo y vuestro orgullo al venerar en los altares á la virgen bendita que, por juicio insondable de Dios, salvó á su Patria de la herejía y el cisma, y le conservó el augusto privilegio de hija primogénita de la Iglesia.

Gracias, venerables Hermanos, queridos sacerdotes, amados hijos, por los consuelos que nos han brindado vuestra piedad y vuestras solemnes protestas.

Continuad, como hasta ahora, fieles á la Iglesia y al Papa, y prontos á todo sacrificio, el de la vida inclusive.

Apñados en la mística barca que flota sobre las turbias ondas de la incredulidad y la indiferencia, os salvaréis de estos dos azotes que amenazan á la sociedad con inminente ruina. Bajo el patrocinio de la Beata Juana de Arco, y de vuestros demás santos, abogados vuestros ante Dios, os señalaréis en las más levantadas empresas.

En fin, por los ejemplos, los sacrificios, las oraciones borraréis de la frente de vuestra Patria el timbre de vergüenza que le ha estampado la guerra á la Religión, y además la glorificaréis con vuestro celo por convertir y reconciliar con la Iglesia á vuestros ciegos perseguidores.

Haréis desaparecer divergencias nacidas de malas inteligencias y prejuicios; llevaréis los espíritus á la verdad, y los corazones á la caridad de Jesucristo.

Al dirigiros estos votos, os concedemos, á vosotros y á vuestras familias, venerables Hermanos, carísimos sacerdotes, amados hijos, con todo el afecto de nuestro paternal amor, la bendición apostólica.

SAN JOSE (1)

PROTECTOR DE COLOMBIA

Dedicado muy respetuosamente al distinguido poeta místico
R. P. Teódulo Vargas, S. J.

¡Oh glorioso Patriarca, Prez del Cielo!
Benigno acóge mi plegaria pía,
Te lo ruego á las plantas de María
Encareciendo con su amor, tu celo.

Que extirpes para siempre de este suelo
El fermento letal que lo extra vía;
Y sereno, recobre la energía
Que de hombres y naciones alza el vuelo.

(1) Soneto recitado el 29 de Mayo de 1899 en la velada literaria que, en honor de San José, dieron los Reverendos Padres Jesuitas, y destinado por la respetabilísima autora á la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO.